



## CAPÍTULO VI.

ASALTO GENERAL Á LA CIUDAD.—DERROTA DE LOS ESPAÑOLES.—  
—SU ANGUSTIADA SITUACION.—SACRIFICIO DE LOS PRISIONE-  
ROS.—DEFECCION DE LOS ALIADOS.—CONSTANCIA DE LAS TRO-  
PAS.

(1521.)

La hambre seguía asolando la ciudad sitiada. Parecía seguro que estrechando el cerco, debía capitular la población, sin necesidad de hacer armas contra ella. Pero esto requería tiempo, y los españoles aunque duros y constantes por naturaleza, ya comenzaban á impacientarse de pasar trabajos casi iguales á los de los sitiados, y aun bajo ciertos respectos aun mayores, pues ellos vivían al raso, espuestos al frío, á los vientos y á las lluvias que cayendo en abundancia en aquella estación, los ponían en el último extremo de la angustia. En tal estado, muchos había que por abreviar sus padecimientos, habrían querido de buena gana aventurarse á tomar la ciudad por un golpe de mano. Otros opinaban que lo mejor sería cojer el mercado de Tlaltilolco, el cual por estar situado á la parte N. O. de la ciudad, ofrecía medios fáciles de comunicacion con los campos de Sandoval y de Alvarado. Aquel lugar cercado de pórticos numerosos prestaría cómodo alojamiento para un ejército numeroso, y una vez establecidos los españoles dentro de la ciudad les sería mas fácil dar el golpe, que no permaneciendo lejos de ella.

Estos razonamientos eran los de varios oficiales, entre ellos Alderete, el tesorero de la corona, persona de mucha consideracion no solo por su rango, sino por su capacidad y celo en

el buen servicio. Cortés accediendo á los deseos de este oficial convocó un consejo de guerra y sometió el asunto á su deliberacion. Los proyectos del tesorero fueron acogidos por todos los hidalgos valerosos, los cuales deseaban con ansia poner pronto término á aquella vida cansada y trabajosa; y Cortés creyendo mas prudente adoptar el camino acaso menos conveniente, que sujetar al ejército á que le obedeciese con repugnancia, se dejó arrastrar por la opinion general.<sup>1</sup>

Señalóse día para el asalto, que debía darse simultáneamente por las divisiones de Alvarado y del general en gefe. Sandoval recibió la orden de traer la mayor parte de su fuerza á la calzada del Norte y reunirse con Alvarado, y de enviar á Cortés setenta hombres con picas.

El día señalado, despues de la acostumbrada ceremonia de la misa, se pusieron en marcha las dos divisiones contra la ciudad.<sup>2</sup> Además de los bergantines venían multitud de canoas destinadas á penetrar en los canales estrechos, é infinidad de indios aliados, que despues solo sirvieron de poner en confusion y estorbar los movimientos de los conquistadores. Pasados los suburbios se presentaban tres calles que conducian todas al gran mercado de Tlaltilolco. La principal, mucho mas ancha que las otras dos, merecía llamarse calzada mas bien que calle, pues tenia acequias por los dos lados. Cortés dividió su fuerza en tres trozos: uno de ellos lo confió á Alvarado, con órdenes de apoderarse de la calle principal; el segundo lo puso á las órdenes de Andres Tapia y Jorge de Alvarado, el primero, hombre de valor y capacidad, y el segundo, hermano menor de D. Pedro y dotado de esa intrepidez que pertenecía á toda su caballeresca familia. Esta segunda division debía en-

<sup>1</sup> Tal es la Relacion que esplicitamente dá Cortés al Emperador (Relac. Terc., pág. 264). Bernal Diaz dice, por el contrario, que el general es quien concibió primero el asalto. (Hist. de la Conq., cap. 151.) Pero este último escritor no tenía medios de saberlo y no es creíble que Cortés hubiera incurrido en una falsedad palpable y fácil de desmentir.

<sup>2</sup> El exacto cumplimiento con la ceremonia de la misa en medio de las lluvias y del trabajo incesante, ha merecido un elogio del edilor de Cortés. "En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando día y noche, nunca se omitió la misa para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodan las aguas del cielo, y encima del agua las habitaciones é malas tiendas." Lorenzana, p. 266, nota.

trar por una de las calles paralelas, mientras que el general con la tercera division debia ocupar la otra calle. Una partida de caballería con dos ó tres piezas de batalla debia permanecer como cuerpo de reserva en frente de la calle real de Tlacopan, que era el lugar de reunion señalado á las divisiones.<sup>3</sup>

Cortés dió á sus tenientes la órden terminante de que no avanzasen ni un solo paso sin dejar antes completamente cubierta la retirada, llenando los fosos y cortaduras que hubiese en las calzadas. El descuido de Alvarado en hacer esto, habia ocasionado á su division pocos dias antes tan sérias consecuencias, que el general se dirigió á los cuarteles de aquel oficial con ánimo de reprenderle públicamente por haber desobedecido sus órdenes; pero cuando llegó á ellos, encontró que Alvarado habia de tal modo reparado su falta con la osadía y el valor, que la dura reprimenda, aunque bien merecida, se convirtió en una suave reconvencion.<sup>4</sup>

Tomadas estas disposiciones, las tres divisiones se pusieron á un tiempo en marcha sobre la ciudad. Cortés, pié á tierra iba á la vanguardia de su infantería. Los mexicanos retrocedieron al acercarse los castellanos, haciendo menos resistencia de la que acostumbraban. Los españoles proseguian venciendo trincheras tras de trincheras, y llenando cuidadosamente con carrizos los fosos, para tener seguro tránsito por ellos. Las canoas protegian el ataque caminando por las acequias laterales y combatiendo con los enemigos. Finalmente, los innumerables tlaxcaltecas escalaban las casas y pasaban de la una á la otra, y arrojaban á sus defensores de las azoteas abajo. El enemigo cogido aparentemente de sorpresa, parecia que no resistiria ni por un momento la furia del ataque; y los cristianos alentados por los gritos de triunfo de sus compañeros de la otra

<sup>3</sup> En la division del tesorero habia, segun la carta del general, 70 infantes, 7 ú 8 caballos y 15 ó 20.000 indios; en la de Tapia 80 infantes y 10.000 indios; y en la suya propia, 8 caballos, 100 infantes é infinito número de aliados." (*Ibid.*, ubi supra.) La vaguedad de estas espressiones prueba que en la aritmética de los conquistadores, eran cosa de poco momento, algunos miles de mas ó de menos.

<sup>4</sup> "Otro dia de mañana acordé ir á su real para le reprender lo pasado.... Y visto no le imputé tanta culpa como al principio parecia tener, y platicado cerca de lo que habia de hacer, yo me volví á nuestro real aquel dia." *Ibid.*, págs. 263, 264.

calle, como que se daban priesa por llegar á la preparada red en que debian caer.

El general, atendida la facilidad de sus triunfos, llegó á desconfiar y á titubear sobre si seguiria internándose, pues temió que el plan del enemigo fuese dejarle penetrar hasta el corazon de la ciudad, y allí cercarle de todos lados. Recelaba igualmente, no sus tenientes en el calor del alcance, hubiesen olvidado las precauciones que les habia prevenido, sobre que dejasen espedita la retirada. Por lo tanto hizo alto con su division para burlar las arterias de sus enemigos. Entre tanto, recibió de Alderete la comunicacion de que ya casi habia ganado la plaza del mercado; nueva que no hizo mas que agravar los temores que tenia Cortés de que se hubiese descuidado de tomar algunas de las precauciones prescritas. Por lo tanto determinó ir él mismo en persona con una pequeña fuerza, á reconocer el camino por donde habia entrado el tesorero.

No habia todavía andado mucho cuando le detuvo un foso abierto, de diez ó doce pasos de ancho, y por lo menos de dos estados de profundidad, por el cual comunicaban una con otra las dos acequias laterales. Habia procurado, pero muy imperfectamente, llenar el foso con cañas; pero aquello apenas servia, y una que otra piedra y tronco disperso probaban que la obra habia sido abandonada tan pronto como comenzada.<sup>5</sup> Para colmo de afliccion, observó el general que las dos riberas de la calzada habian sido socavadas cerca del foso, y á lo que parecia recientemente. Todo esto revelaba la astucia del enemigo, y dejaba poca duda de que el entusiasmado oficial habia caido en la red que le habian tendido. Alarmado vivamente, determinó reparar en cuanto fuese posible aquella falta, y ordenó á su gente que se pusiese á llenar el abierto foso.

Pero apenas habian comenzado su tarea cuando oyeron á lo lejos, el estrépito de una batalla, seguido de una espantable mezcla de ahullidos y gritos de guerra, que parecia subir has-

<sup>5</sup> "Y hallé que habian pasado una quebrada de la calle que era de diez ó doce pasos de ancho; y el agua que por ella pasaba era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que le pasaron habian echado en ella madera y cañas de carrizo, y como pasaban poco á poco y con viento, no se habia hundido la madera y cañas." *Ibid.*, pág. 268. Véase tambien á Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 48.

ta los cielos. Siguióse un ruido confuso semejante al que hace un gentío que se mueve, cuyo rumor siempre creciente probaba que había cambiado el lugar del combate y que el enemigo se encaminaba adonde estaban Cortés y su puñado de compañeros.

Sus conjeturas resultaron ciertas. Alderete había engolfándose en el alcance de los aztecas con un ardor que aumentaba á cada paso. Había salvado sin mucho trabajo las trincheras que defendían las cortaduras, y conforme las pasaba daba órdenes de que se las llenara; pero á los entusiasmados caballeros pareció innoble ocupacion detenerse en llenar fosos, mientras podían alcanzar laureles en el combate; así es que avanzaban sin detenerse y azuzándose los unos á los otros, para ser los primeros en llegar al mercado de Tlaltilolco. De esta suerte lograron penetrar hasta el centro de la ciudad, cuando súbitamente se oyó la corneta de Cuauhtemotzin, el símbolo sagrado que solo sonaba en ocasiones de sumo peligro, y la cual dió un sonido largo y penetrante desde la cumbre del teocalli mayor al que ya estaban inmediatos los españoles. En un solo instante los fugitivos aztecas, ciegos y enfurecidos acudieron por todas partes, y arremetieron contra sus perseguidores. Al mismo tiempo infinidad de guerreros acudieron de las calles inmediatas, atacaron por el flanco á los españoles y llenaron el aire con gritos horribles y sobre humanos que por un instante apagaron el ronco rumor que reinaba en las otras partes de la ciudad.<sup>6</sup>

El ejército, cogido de sorpresa y cediendo al furibundo impulso del ataque, entró en el mayor desorden. Amigos y contrarios, españoles é indios, todos quedaron revueltos formando la mezcla mas promiscua. Las espadas, lanzas y masas se levantaban sin cesar en los aires: dábanse golpes á diestro y á

<sup>6</sup> Gomara, *Crónica*, cap. 138. *Ixtlilxochill, Venida de los españoles*, pág. 37. *Oviedo, Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 26.

*La corneta de Cuauhtimotzin resonaba todavía en los oídos de Bernal Diaz, muchos días despues de la batalla. "Guatemuz y manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello; y retumbaba el sonido que se metía en los oídos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes; saber yo qué decir ahora con qué razon y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto." Cap. 152,*

sinistro: por huir, empujábanse los unos á los otros: cegados por la infinita multitud de proyectiles que les arrojaban desde las azoteas huían dispersos sin saber hácia donde, ó caían sin saber la mano que los hería.

Los aztecas venían sobre ellos como un torrente que se precipita de una encumbrada eminencia, y se encaminaban en confuso tropel hácia el foso de cuyo otro lado estaba Cortés sobrecogido de horror al contemplar su ruina inminente. Las filas delanteras se arrojaron al agua; los unos se empujaban á los otros, éstos nadaban, aquellos se hundían, algunos saltaban sobre la muchedumbre de sus ya ahogados compañeros; muchos en fin, al tratar de saltar á las resbaladizas riberas de la calzada, caían en el agua ó eran cogidos por los indios de las canoas, los cuales cooperaban á la derrota haciendo sobre los fugitivos recias descargas de saetas y javelinas.

Mientras, se mantenían firmes é intrépidos del otro lado del foso, Cortés y los que llevaba. "Y como el negocio fué tan de súbito, y ví que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando."<sup>7</sup> Estendiendo los brazos á todas partes, procuraba salvar del naufragio ó del cautiverio á cuantos podía; pero en vano procuró infundir á los fugitivos presencia de espíritu y hacerles entrar en orden. Su persona era muy conocida de los aztecas, y además estaba en tal posición que servía de blanco á sus tiros: arrojábanle una granizada de piedras y saetas que rebotaban en su acerado yelmo é impenetrable armadura. Por último, se oyó entre los enemigos el grito de Malintzin, Malintzin, y á un tiempo se arrojaron sobre él seis guerreros atléticos que hicieron un esfuerzo por arrastrarle á una canoa. En la refriega recibió en una pierna un golpe que le inutilizó, de suerte que ya no le quedaba esperanza, cuando acudió en su ayuda su fiel compañero Cristóbal de Olea, que viendo el peligro en que se hallaba el general, se arrojó sobre los bárbaros, trozó á uno de ellos un brazo de un solo tajo, y en seguida atravesó á otro con su espada: en ese instante llegaron un tal Lerma y un gefe tlaxcaltecatl que combatió sobre el postrado cuerpo de Cortés y despa-

<sup>7</sup> "E como el negocio fué tan de súbito é vi que mataban tanta gente determiné de me quedar allí é morir peleando." *Relac. Terc. en Lorenzana*, pág. 268.

chó á otros tres aztecas mientras el heróico Olea pagaba cara su fidelidad, pues cayó herido de muerte al lado de su general.<sup>8</sup>

Esparcióse al punto por todo el ejército la noticia de que habian cogido á Cortés; sabido lo cual, Quiñones el capitán de su guardia y otros varios hidalgos volaron á libertarle y lograron sacarle de las garras de sus enemigos que ya forcejeaban con él en el agua; pero sus libertadores tomándole en brazos le llegaron á poner otra vez en tierra. En el entre tanto habia conseguido abrirse paso por entre la multitud, un page que le traia un caballo en que se montase; pero él jóven recibió en el cuello una herida de javelina, que impidió su intento. Otro de sus pages, Guzman el camarista, fué mas afortunado; pero

<sup>8</sup> *Ixtlilcochil que pretende hacer á su real pariente heredero forzoso de todos los hechos heróicos y hazafiosos de la campaña, pondera sobremana su mérito en la presente ocasion, y dice que en una de las puertas del monasterio de Tetzcoco hay una pintura que representa al gefe tetzcocano salvando la vida de Cortés. (Venida de los españoles, pág. 38.) Pero Camargo atribuye todo el mérito de esta accion á un tal Olea, fundándose en el testimonio de un famoso guerrero tlaxcaltecall que se halló presente en la accion, y que se la contó. (Hist. de Tlaxcallan.) Esto mismo sostiene resueltamente Bernal Diaz, quien paga á la memoria de su compatriota un tributo cordial, recomendándolo como á uno de los mejores y mas valientes soldados del ejército. (Hist. de la Conq., caps. 152, 204.) Saavedra el poeta historiador, (mas historiador que poeta) el cual escribió antes de que todos los que hicieron la conquista hubiesen muerto, tambien da el laurel á Olea cuyo destino recuerda en los siguientes versos, que pueden aspirar por lo menos á la fidelidad histórica.*

“Tuvole con las manos abraçado,  
Y Francisco de Olea el valeroso,  
Un valiente Español, y su criado,  
Le tiró un tajo bravo y riguroso:  
Las dos manos á cercen le ha cortado:  
Y él le libró del trance trabajoso.  
Huvo muy gran rumor, porque dezian,  
Que ya en prision amarga le tenian.

“Llegaron otros Indios arriscados,  
Y á Olea mataron en un punto,  
Cercaron á Cortés por todos lados,  
Y al miserable cuerpo ya difunto:  
Y viendo sus sentidos recobrados,  
Puso mano á la espada y daga junto.  
Antonio de Quiñones llegó luego,  
Capitan de la guardia ardiendo en fuego.”

EL PEREGRINO INDIANO, Canto 20.

estando teniendo las riendas mientras á Cortés lo ponian en la silla, le cogieron los aztecas y con la rapidez del pensamiento lo arrastraron á una canoa. El general aun permanecia en aquel puesto que no queria abandonar mientras su presencia pudiese ser de algun provecho; pero el fiel Quiñones tomando de las riendas el caballo de Cortés, le hizo volver caras diciendo: “la vida de mi general nos importa demasiado para que se la dejemos perder aquí.”<sup>9</sup>

Pero no era pequeña empresa abrirse paso por entre la muchedumbre. El suelo de la calzada removido por los piés de los hombres y de los caballos se habia vuelto un fango y estaba tan quebrado en algunas partes, que el agua de las acequias rebozaba por encima. La muchedumbre en sus esfuerzos por salir de tan intrincada posicion, se mecía de aquí para allí como si formase un solo hombre. Los de los flancos, empujados por sus compañeros caian por las resbaladizas orillas de la calzada y eran recibidos en las canoas de los aztecas quienes celebraban con gritos de triunfo y alborozo su adquisicion de otra nueva víctima para el sacrificio. Dos hidalgos que iban á los lados del general, resbalaron y cayeron en el agua: uno de ellos fué cogido y su caballo fué muerto; el otro tuvo la fortuna de escapar. El valiente abanderado Corral tuvo tambien esta misma fortuna, pues cayó en el canal y los indios se fueron encima seguros de hacer presa; pero logró ganar tierra y saltar á ella, con la bandera de Castilla flotando sobre su cabeza. Los aztecas arrojaron un grito de rabia al ver que perdian un trofeo que para ellos tenia suma importancia, casi igual á la de la prision del mismo general en gefe.<sup>10</sup>

Por fin logró Cortés llegar á tierra firme y salir á la gran plaza en que termina la calle principal de Tlacopan. Allí consi-

<sup>9</sup> “E aquel capitán que estaba con el general, que se decia Antonio de Quiñones, díjole: Vamos, señor, de aquí que salvemos vuestra persona, pues que ya esto está de manera que es morir desesperado atender; é sin vos ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo, sino poquedad porfiar aquí otra cosa.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 26.

<sup>10</sup> Acaso será la misma bandera que cuenta Mr. Bulck que está guardada en el hospital de Jesus, donde dice que vió “el idéntico estandarte berlado, bajo el cual aquel gran capitan sojuzgó el inmenso imperio del desventurado Motuczóma.” Seis Meses en México, vol. I, cap. 10.